
Sobre «subculturas femeninas» (I)

Author(s): Giulia Adinolfi

Source: *Mientras Tanto*, enero - febrero 1980, No. 2 (enero - febrero 1980), pp. 23-26

Published by: Icaria Editorial

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27819178>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*

JSTOR

Sobre «subculturas femeninas»

(I)

GIULIA ADINOLFI (†)

Muchas razones aconsejarían renunciar a la redacción y publicación de las siguientes notas, aún incompletas y por contrastar. Pero pienso que, dada la irresolución que parece dominar en el movimiento feminista, estas reflexiones pueden estimular una discusión que cada vez aparece como más necesaria para ayudarnos a salir de una paralización ideológica, y pueden contribuir a establecer un punto de partida de trabajos más sólidos y rigurosos.

En realidad, estas reflexiones son sobre todo fruto de experiencia personal, y es evidente el riesgo de generalizarla de modo arbitrario. Al mismo tiempo creo que mi experiencia ha ido constantemente acompañada por una conciencia política general que la rescataba en alguna medida de su parcialidad. Sigo convencida de que una conciencia crítica es una conciencia política, entendiendo por *política* una conciencia dominada por la globalidad, esto es, por una visión histórico-social de lo particular que lo reconozca como intrínsecamente ligado a lo general, en una posición a la vez de causa y de efecto. También ahora son fundamentalmente motivos políticos —la voluntad de intervenir en un movimiento amenazado por la renovada fuerza de los que lo combaten y por la debilidad y las contradicciones de quienes lo promueven— lo que me lleva a pasar por encima de dudas y a empezar un discurso que luego revise y continúe alguien con mejores instrumentos.

En una nota publicada en el primer número de *mientras tanto*, páginas 15-17, sostenía la necesidad de tomar una actitud crítica, que no sea de rechazo absoluto ni de aceptación indiscriminada, respecto de lo que llamaba «la subcultura femenina». Lo que querría intentar ahora es identificar algunos elementos ideales de esa subcultura para discutir y valorar, más allá de la función represiva que tuvieron o siguen teniendo, su posible validez universal, y, caso de reconocérsela, asu-

mirlos como valores a los que las mujeres no tienen que renunciar, sino que deben, por el contrario, reafirmar y proponer al resto de la humanidad.

Pero antes de esbozar ese análisis y esa valoración es necesario hacer algunas aclaraciones de carácter general. La primera se refiere al uso que aquí se hace del término «subcultura femenina». Hay en la elección de este término una polémica implícita con el uso, mucho más frecuente, del par que opone «lo femenino» a «lo masculino», términos que sugieren, voluntaria o involuntariamente por parte de quien los usa, una concepción categorial estática, fijista, de las realidades denotadas. Es obvio que ser macho o ser hembra es un hecho natural, fisiológico y, por lo tanto, humanamente estático; pero no por eso lo es también el ser hombre o ser mujer. La discriminación de la mujer en la división social del trabajo, aunque probablemente es una constante histórica, se ha materializado concretamente en formas muy distintas en el tiempo y en el espacio. En todas las sociedades existe una condición subalterna específica de la mujer, pero esa condición puede variar profundamente según las distintas sociedades, como la vemos cambiar en la misma sociedad en que vivimos, diversificándose las formas concretas de discriminación de la mujer a tenor de las cambiantes necesidades productivas del sistema.

Ser mujer es un hecho histórico, y los contenidos de «lo femenino» están estrechamente vinculados a la cultura dominante de las distintas sociedades que unánime, pero no uniformemente, explotan a la mujer y la discriminan. De modo que mientras que hablar de «lo femenino» es hablar en un singular abusivamente generalizador, ignorando la dinámica histórica según la cual varía la constante discriminación de la mujer, hablar de «subcultura femenina» es hablar en plural, reconociendo la diversidad de lo concreto sin perder lo específico de la condición subalterna de la mujer en la historia.

A la diversificación cronológica y espacial de las formas concretas de explotación de la mujer a las que hemos aludido como causa de la existencia no de una, sino de varias subculturas femeninas, hay que añadir un hecho más que podría incluso impedir hablar de cultura femenina de una sociedad dada y en un momento dado de su evolución. Las mujeres, en efecto, no constituyen un grupo social homogéneo, sino que entre ellas se dan las profundas divisiones sociales de la población a la que pertenecen. Cabe preguntarse si, tomando como objeto de reflexión y de análisis las sociedades capitalistas avanzadas occidentales de nuestro tiempo, la diversidad social de las mujeres —obreras, burguesas, campesinas, oficinistas, profesionales, etc.— permite hablar de una subcultura femenina única.

Si el término «subcultura» se utiliza, como lo estamos haciendo, con una laxitud que creemos autorizada por el punto de vista antropológico-cultural, como concepto que globaliza una realidad no uniforme, pero sí homogénea, el término «subcultura femenina» denota una realidad de interés para nuestro análisis. En efecto, así como, a pesar de la diversificación social, la discriminación afecta a todas las mujeres, aunque en medidas y con consecuencias diferentes, así también el sistema de valores correlativo es lo suficientemente general y homogéneo como para hablar de él globalmente. Lo mismo ocurre, por lo demás, con otros grupos sociales que también conocen formas diversas de explotación y formas diversamente articuladas, pero idénticas en sus fundamentos, de presión ideológica, sin que se creen subculturas específicas muy diferenciadas para cada uno de los varios subgrupos. Al contrario: la sociedad en que vivimos tiende a destruir los restos de diversificaciones culturales preexistentes. El uso del término «subcultura femenina» está justificado porque, a pesar de las diferencias sociales que existen entre las mujeres, hay un elemento unificador que fundamenta aquella cultura: la específica discriminación de las mujeres en estas sociedades.

Otra objeción hay que salvar para convencerse de la conveniencia de utilizar el término. Lo que interesa es identificar elementos ideales de la cultura femenina de nuestra sociedad y nuestro tiempo. Entonces, ¿por qué hablar de cultura, en vez de limitarse a considerar la ideología específicamente funcional a la discriminada posición de la mujer? La razón principal para preferir el término cultura al de ideología es que, a pesar de las numerosas variaciones del término ideología, éste no comprende elementos que sí que están en el uso de «cultura». Ante todo, los elementos materiales de la vida cotidiana, pero también los usos, las costumbres, los sentimientos, las actitudes, las formas que dominan las experiencias personales, etc. En cambio, el término ideología denota principalmente un sistema o conjunto de ideas que tienden, sin duda, a inspirar una determinada conducta o actitud, pero no se identifican con ella. Interesa analizar del mundo femenino no sólo las ideas y los mitos producidos por una cultura patriarcal; sólo una concepción muy reductiva y parcial puede reducir la compleja realidad social y cultural del mundo femenino a esos elementos, ignorando la profunda elaboración que las mujeres han hecho de ellos, como de todos los elementos de su experiencia, a lo largo de la historia. También desde este punto de vista es el de las mujeres un fenómeno comparable al de otros grupos sociales explotados, sometidos a la presión ideológica de la clase dominante y que han creado una cultura indudablemente subalterna, pero no inespecífica ni desprovista de valores uni-

versalizables. El ejemplo que más se acerca al caso de las mujeres es probablemente la cultura campesina, aunque no sea más que porque este grupo, como las mujeres, no ha conocido hasta tiempos muy recientes el uso de la palabra escrita, la posibilidad de verbalizar duraderamente para otros su propia cultura, antes transmitida sólo oralmente y confiada a la factualidad y la experiencia. Ni tampoco es radicalmente distinto el caso de la moderna clase obrera industrial, cuya cultura es una compleja elaboración de influencias recibidas de sus explotadores, junto con elementos de defensa y reactivos.